

Los ingenieros y Heartfield

(Viene de la pag anterior.)

na, de las que también habrá que hablar en su momento, aunque ellas sean ya familiares a mis lectores.

HEARTFIELD

ESTAMPAS dramáticas de la vida cotidiana. De ellas gusta en buena porción el arte de nuestra cultura, que las toma a la vez del arte de otras culturas, y así hasta el origen de los tiempos artísticos. La vida cotidiana, apuntada en las figuras y estilos más diversos y opuestos del arte mismo. Por ejemplo, en el arte «dadá», el anti-arte, arrojado años atrás de los pagos del arte puro por golfo y ahora recobrado, alreado, purificado, hasta santificado si es menester, devuelta su honra y olvidada su mala fama. Dadá, que causa buena porción del arte de estos últimos tiempos y cuya jerarquía luce de nuevo con luz propia. Quien lo quiera comprobar que asista al espectáculo admirable de un artista dadá insigne, nuevo en Madrid, insólito en sus mejores bandas estimativas: John Heartfield (1891-1968), cuya obra fotográfica se muestra estos días en la galería Redor y a cuya exposición fue dedicado ya un amplio informe en este suplemento —jueves 24 de mayo—, firmado por Ignacio Fontes, al cual, para mayor conocimiento de este artista singular remitimos al lector.

Pero yo no encerraría a Heartfield, así de ligera, en los pagos de dadá, puesto que su inventiva toma tal altura y sus propósitos son de naturaleza tan excitadamente social que supera ella con creces otras cualesquiera inclinaciones. Heartfield es, como tantos otros artistas de la Alemania fraguada en la guerra del 14 y madrada en la derrota de 1918, un artista al servicio de una causa política, cuyas consecuencias de cara al arte —puesto que sólo en esta vertiente vamos a estudiar aquí la cuestión— fueron incalculables y admirables. Fue un artista de incitaciones y denuncias, de un realismo crítico llevado a sus extremas expresiones acusativas. Pero aquí nos importa señalar en la brevedad de este examen —el catálogo a la exposición constituye un documento informativo de primera clase, que recomiendo al lector— la jerarquía artística de Heartfield y su novedad, por cuanto él incorpora a la creativa del arte la fotografía, no en cuanto instrumento lingüístico con vida y maneras propias, sino mejor como instrumento puramente signario de aplicación a otras cavilaciones significantes del lenguaje. Para Heartfield, la fotografía, como aquí se ve, en el juego de su inventiva, es un modo válido de apuntación de determinadas exigencias políticas a través de las posibilidades estructurales y combinatorias del arte fotográfico.

Y aquí empieza la aportación singular de Heartfield. Sus fotomontajes reproducen los sucesos de realidad, pero ya no es la realidad reproducida tal como ella se anuncia, sino como ella se denuncia. Por eso no tiene nada de hermético este arte, que va dirigido a la masa, sino un mucho de profético, de claras y terminantes artes adivinatorias. La capacidad estructural de Heartfield y sus logros abrieron un mundo al arte del fotomontaje, descubriendo la tremenda posibilidad creadora del lenguaje fotográfico a través de la modulación y combinación de sus signos. La obra expuesta en Redor constituye así un modelo de dicción de asombrosa capacidad expansiva, que todo alcanza, todo invade, todo domina, en donde no sabe uno qué admirar más, si el acierto de sus significaciones o el método constructivo de esta inventiva única. Toda una larga narrativa histórica la mostrada aquí, una larga denuncia política, cuyos modos narrativos y denunciativos hemos de admirar como una de las más bellas figuras del moderno lenguaje del arte. Heartfield trabajó durante bastantes años de su vida —los años de mayor brillantez creadora, posiblemente— en la invención de toda esta obra, alcanzando con ella grados de perfección insuperables. Criaturas inquietantes por su vitalidad, y no serán muchas las veces que hayan generado monstruos de mayor arrebato los sueños de la razón, incluyendo a Goya. La fotografía, más que presentarlos como simples sucesos de realidad, los sirve e su realidad como sucesos viva y trágicamente palpables, mensurables, verificables, respirando a nuestro alrededor, que así fue el propósito denunciativo del gran pesquisidor de la realidad del mundo que fue Heartfield, aquí exhibida esta realidad del mundo —la vida alemana en la década de los treinta— en las estampas de Redor, que, nacidas de Dadá, concretan hoy el testimonio significativo de buena porción de la vida de nuestra cultura en sus signos artísticos capitales: el hombre, su acción de vida, su miseria y su muerte, en la obra del arte que generan sus propias alucinaciones.